

destruyendo el pecado que es el obstáculo para la entrada en él. Allí, por las absoluciones que pronuncia y que Dios ratifica, vuelve á las almas negras como el ébano, la blancura de la nieve. Allí, por una sentencia de perdón, evita la de condenación en el juicio final, sentencia formidable, que pesará durante la eternidad sobre los que incurrirán en ella. Allí, tranquiliza al pecador que, bajo el peso del remordimiento, teme á Dios, le huye como Adán le huía, si una voz amiga no lo llamara; allí, en una palabra, él trabaja de la manera más directa y eficaz por la salvación de las almas, en atención á que es allí que alcanza el fin supremo del ministerio evangélico, que es la destrucción del pecado y la reintegración del pecador, dos efectos que se producen diariamente millares de veces en la multitud innumerable de extraviados que se ve romper con el error y el mal, y reconciliarse con la verdad y el bien. No es ése un resultado de un alcance inmenso, puesto que la salvación de una sola alma es un beneficio de primer orden, un beneficio incomparable? Los jueces de la tierra pueden pronunciar la inocencia del acusado, pero no pueden volver la inocencia al culpable: el sacerdote se la da; aquellos pueden encadenar ó libertar los cuerpos: el sacerdote puede encadenar ó libertar las almas. Su poder es tan grande, su ministerio es de tal suerte eficaz, que si Cristo bajara á la tierra en persona para oír de la boca del pecador, la confesión de sus faltas, y para pronunciar sobre su cabeza culpable las palabras sacramentales de la absolución, el pecador no sería más completamente absuelto, ni más radicalmente purificado que lo es, cuando recibe la absolución de la boca y de la mano de un sacerdote. Añadid que después de haber curado el mal por la aplicación de los méritos de Cristo, de los cuales nos hace participar la penitencia cristiana, el sacerdote devuelve al pecador, por la Eucaristía, las fuerzas espirituales que ha perdido. Le distribuye el pan que hace á los fuertes y le da con ello medios para combatir nuevamente, con valor y éxito, en las nobles luchas de Cristo. Qué más se quiere¹? »

1. Berseaux, loc. cit, n. 5.

« Si se reflexiona, dice San Juan Crisostomo, que es por un mortal de carne y sangre que se realizan estas maravillas, se concebirá cuál es la dignidad con que la gracia del Espíritu Santo ha honrado á los sacerdotes. Débiles criaturas, arrojadas en una tierra miserable, ser llamadas á disponer de las cosas del cielo, y recibir un poder que no ha sido dado á los ángeles ni á los arcángeles! La sentencia que el sacerdote da aquí bajo, Dios la ratifica en la mansión de su gloria y la confirma con su sello. Ha investido á sus ministros con su propio poder. Concibid un poder mayor que ése? Es evidente que el Padre ha dado á su Hijo todo el poder para juzgar; este mismo poder, él lo ha comunicado á los sacerdotes. Si un rey de la tierra concediera á alguno de sus súbditos el privilegio de encarcelar ó de dar la libertad á quien quisiera, este súbdito sería considerado como un ministro importante y de los más favorecidos. Y si es cierto que el poder concedido á los sacerdotes sea tan superior al que acabamos de hablar, como el cielo está sobre la tierra, como el alma está sobre el cuerpo, como suponer que pueda encontrarse un hombre capaz de despreciar tan augustas funciones, de las cuales se desprenden la salvación y los bienes que nos están prometidos? Es á los sacerdotes y á ellos solos que es dado producir la vida espiritual, son las manos del sacerdote que nos revisten con Jesucristo y nos constituyen en miembros de este jefe divino. No es preciso deducir que su jurisdicción es más temible que la de los monarcas sobre sus súbditos? más venerable que la de los padres sobre sus hijos, en atención á que no pertenecemos á nuestros padres más que por la sangre y la impresión de la carne, mientras que hemos recibido de los sacerdotes nuestra dichosa regeneración, la verdadera libertad de que gozamos, y nuestra adopción en el orden de la gracia¹... »

V. — *El ministerio del sacerdote consiste en rogar por la humanidad.* — Es siempre el ministerio de Nuestro Señor que continúa el sacerdote; de Nuestro Señor que oraba sin cesar, noche y

1. *De Sacerd.* lib. 3, cap. 5.

dia, segun el consejo que nos há dado, y del cuál se puede decir que toda la vida era una oracion permanente. « La oracion es el alma de la religion, y esto prueba que, por un lado, todos los bienes de que el hombre tiene necesidad están en Dios, y, por otro, porque el verdadero Dios, el Dios del Cristianismo, acuerda á nuestras suplicas la éfusión de los bienes que están en él. El verdadero Dios, en éfecto, no es una abstraccion metafisica, una formula de la cuál necesitan los sabios en sus especulaciones, para dar una explicacion aceptable al problema de las cosas; no es un Dios ínerte y pasivo, relegado á las profundidades égoístas de una existencia solitaria, no teniendo ningún cuidado de su obra y dejando al azár el cuidado de gobernar el mundo. El verdadero Dios es un Dios personal, que se interesa por su criatura, la persigue con sus cuidados, la rodea con su paternal ternura y la cubre con su providencia. Y la vida del sacerdote es una vida de oracion, porque está consagrado por su estado á la oracion publica, es decir que tiene por objeto no solamente la utilidad particular, sino la general. Védle antes en su oratorio. Teniendo en la mano el breviario, que es el gran libro de oracion, lo recita á todas las horas del dia y de la noche, abogando sin cesar por la causa de los pueblos cerca de Dios, haciendo bajar sobre la tierra la lluvia dulce, el rocío bienhechor de los dónes celestiales. Podemos decir del sacerdote, recitando su breviario, que conjura el rayo cómo un pararrayos divino, desviando los golpes de la colera del Altísimo. Es el justo que Dios busca para perdonar á la ciudad culpable. Es Moises suplicando, en la cima de la montaña, mientras los fieles combaten en el llano. Si los azótes son detenidos, si las guerras son évitadas, si la lluvia cae en tiempo oportuno, si el sol derrama la fecundidad con el calor, á qué se debe esto? A las oraciones de los sacerdotes que saben obtener todo del Dios de las misericordias. Desde entonces, qué precioso tesoro es el sacerdote manejando sin cesar la gran arma de la oracion! Qué fuerza para la Iglesia! Qué socorro para los fieles! Aunque un sacerdote no hiciera más que recitar su breviario, por esto solo seria ínmensamente útil á la hu-

manidad, mucho más útil que sus detractores cuya vida se pasa no haciendo nada más que calumniarle. Para no comprender la importancia de la accion del sacerdote, bajo este punto de vista, seria preciso no reconocer la importancia de la oracion en el mundo. Y como se há dicho, la oracion es el grito del desgraciado que solicita una compasiva asistencia; es el grito del sufrimiento que aspira al alivío y quiere fortificarse en la resignacion; es el grito de la justicia que llama á Dios para triunfar del mal; es el grito del amor que bróta en canticos de reconocimiento; es el grito del arrepentimiento que se refugia en esta misericordia cuyos tesoros no se agotan nunca. Grito espontaneo que salta del corazon cómo el agua del manantial! grito poderoso por el cuál el alma humana se acerca más íntimamente á Dios, sacando sucesivamente fuerzas y consuelos; grito universal que resuena por todas partes en dónde el hombre no há perdido la huella de su origen y repudiado los títulos de su vocacion; grito perpetuo que todos los siglos han oido, que todas las naciones han repetido, que todas las bocas han hecho subir á Dios en todas las épocas y bajo todas las latitudes del globo. Si, por todas partes, el hombre ruega, porque en todas partes el hombre tiene necesidades que Dios solo puede satisfacer, aspiraciones que Dios solo puede réalizar, dolores que Dios solo puede dulcificar. Aunque no tuviése otras tristezas que su impotencia para proteger lo que ama, todavia querria orar. Esta es la parte tierna de la oracion. — Qué se puede todavia alegar, despues de esto, contra el alto valor del sacerdote, con su breviario en la mano, llenando el gran ministerio de la oracion publica y social?

« Quizás compadeceréis al sacerdote, cuándo lo véis recitando la oracion oficial que le está impuesta, cómo un tributo que debe pagar diariamente al Eterno. Guardádos para vosotros esta compasion. Con éso, el sacerdote éjerce siempre una vigilancia que vela por la salvacion de la ciudad; vigila durante el dia, cuándo ella está absorbida por los negocios; vigila durante la noche, cuándo está entregada al más profundo sueño y esto, segun las palabras de Dios en Isáias; *Jerusalén, hé colocado en tus murallas centinelas*

que, dia y noche, alabarán el nombre del Señor¹. El sacerdote hace el oficio de los angeles en el cielo, uniendo su voz á la suya, sus acentos á los suyos, tomando parte en su melodía eterna, de tal suerte que su oracion es cómo una nota en el concierto de todos los mundos, cantando las alabanzas y la gloria de Dios. Con su oracion, él renueva los prodigios antiguos. Del mismo modo que antiguamente las murallas de Jericó cayeron al sonido de las siete trompetas que las conmovieron; así el mundo, del cuál Jericó es la imagen, cae diariamente bajo el peso de las siete horas canonicas, fracasando en todas sus tentativas, sus luchas y sus resistencias contra la Iglesia. Por ultimo, suple á las omisiones de los que no rezan. Un individuo decia un dia: Para qué sirven en el mundo tantos sacerdotes, tantos religiosos y tantas monjas! Qué hacen? Y se le respondió: Para qué sirve usted mismo? Ellos hacen lo que usted debería hacer y no hace, lo que no tiene el valor de hacer²».

VI. — Por ultimo, el ministerio del sacerdote consiste en ofrecer el divino sacrificio. — Es á este Sacrificio sagrado de su divina Persona que tendia toda la vida del Salvador. No había venido propiamente á este mundo más que para ofrecerlo á su Padre eterno, á fin de pagarle de una manera perfecta, en nombre de todos los hombres, la cuádruple deuda de adoracion, de reconocimiento, de expiacion y de oraciones de las cuáles le eran deudores. Y la ofrenda de este Sacrificio es igualmente lo que constituye la principal y más util parte del ministerio sacerdotal. Cada vez que el sacerdote sube al altar, Nuestro Señor Jesucristo baja á su voz entre sus manos, y renueva misticamente, pero muy realmente el holocausto de la cruz. Si, « el sacrificio de la misa es el destello del sacrificio de la cruz; por este titulo es el gran remedio del genero humano enfermo, cómo el mismo sacrificio de la cruz³. El sacerdote que lo

1. Is. LXII.

2. Berseaux, loc. cit. n. 4.

3. Quanto fructu audiatur S. Missa: 1º Participant audientes de va-

ofrece, vivifica á la humanidad, réanuda entre Dios y el hombre las relaciones primitivas rotas por el pecado, es la cadena misteriosa que une el cielo con la tierra. No es nada ser el mediador entre Dios y el pueblo, hacer subir al primero los votos del segundo y hacer bajar hacia el segundo los bienes del primero? No es nada atraer las bendiciones de lo alto sobre los hombres desheredados de sus celestiales esperanzas? hacerles levantar la cabeza? dárles noticias de su Padre celestial? impedirles arrastrar una existencia sombría que no conduciria más que á la noche eterna? No es nada, en una palabra, ser el sacrificador de Jesucristo? En vano se querrá negar este caracter del sacerdote. Todos los doctores de la Iglesia se lo han reconocido. Un Santo Tomás: « La funcion del sacerdote consiste en ser el mediador entre Dios y los hombres¹. « Un San Isidoro de Sevilla: « El sacerdote (*sacerdos*) tiene un nombre que significa que ofrece el sacrificio (*sacra dare*). Del mismo modo que se dá á los príncipes el nombre del rey porque rigen, así se dá á los sacerdotes este nombre, porque ofrecen el sacrificio² » Un San Juan Crisostomo: « El sacerdote es mediador entre Dios y la humanidad. Tráe á la tierra los beneficios que vienen del cielo, lleva al cielo las suplicas que se elevan de la tierra³ ».

lore Missæ. 2º Accipiunt gratiæ augmentum. 3º Obtinent remissionem venialium. 4º Præservantur a periculis. 5º Prosperantur in temporalibus. 6º Impetrant efficacius quæ petunt. 7º Muniuntur contra dæmones (FABER, *Op. conc. fer. 4. Pasch. conc. 2*).

1. *Sum. th. 3. p. q. 22, a. 1.* — 2. *Orig. lib. 7, c. 12.*

3. *Hom. 3. in Is.* — Berseaux, loc. cit. n. 3. — Dicendum, quod Eucharistia non tantum est sacramentum, sed etiam sacrificium; in quantum autem est sacramentum, habet effectum in omni vivente, in quo requiritur vitam præexistere; sed in quantum est sacrificium, habet effectum etiam in aliis, pro quibus offertur, in quibus non præexistit vitam spiritualem in actu, sed in potentia tantum, et ideo, si eos dispositos inveniat, eis gratiam obtinet virtute illius veri sacrificii, a quo omnis gratia in nos influxit; et per consequens peccata mortalia in eis delet, non sicut causa proxima, sed in quantum gratiam contritionis eis impe-

Conclusion. — Tal es, cristianos, el ministerio del sacerdote: edificar con su conducta, instruir con sus sermones, gobernar las almas, curar sus enfermedades, rogar por la humanidad entera, ofrecer á Dios por los hombres el adorable sacrificio de la misa. Ningun otro ministerio le puede ser comparado, porque no existe que sea ni tan elevado, ni tan útil. Todos los demás ministerios se limitan á las cosas de la tierra; el del sacerdote, asegurando la felicidad de los hombres aquí bajo, en una medida más extensa que los otros, está destinado principalmente á abrirles las puertas del cielo y á procurarles la felicidad eterna¹. Agradecemos á Dios

trat (S. THOM. IV. *Sent.* dist. 12, q. 2, ad 4). — Nullus profecto valet humano explicare eloquio, quam locuples fructus, quantave ex hujus oblatione, ac perceptione sacramenti spiritualia exuberent dona. Reconciliatur quippe peccator Deo, justus autem justificatur adhuc, latificantur angeli, cumulantur merita, facinora remittuntur, augentur virtutes, resecantur vitia, diaboli machinamenta superantur, sanantur ægri eriguntur lapsi, debiles refocillantur, famelici saturantur, et defuncti fideles istius sacramenti liberantur effectu (S. LAURENT JUSTIN. lib. de *Obed.*)

1. Omnis pontifex (et sacerdos) ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis; qui condolere possit iis qui ignorant et errant, quoniam et ipse circumdatus est infirmitate (HEBR. V, 1). El sacerdote toma al hombre bajo su protección desde la cuna, y no lo abandona más que después de haber depositado en el sepulcro sus restos mortales. Qué digo? No cesa tampoco entonces de interesarse por él: no está contento que no haya colocado su alma en el cielo, y si no es bastante pura para entrar al momento después de salida de este mundo, y que esté todavía obligada á satisfacer á Dios en la otra vida, él abrevia el tiempo de esta penitencia forzada, rompe las cadenas que la retienen en el lugar de sus sufrimientos, le abre las puertas del paraíso, y la establece para siempre en el seno de Abrahán, en la mansión de los bienaventurados. Desde que el hombre aparece en la escena de este mundo, el sacerdote se encarga de su destino. Principia por borrar en él la mancha de su origen, que lo hacia enemigo de Dios; rompe

haberse dignado conferir á hombres un ministerio tan grande y tan precioso. Qué los que tienen este cargo se muestren dignos de

las ligaduras que lo tenían en la esclavitud del pecado, le imprime el sello de la divinidad y el carácter de hijo de la promesa; lo introduce en la Iglesia, le vuelve el derecho á la herencia eterna que habia perdido por la falta del padre comun del genero humano, y lo inscribe en la milicia espiritual de Jesucristo para combatir bajo sus auspicios á los enemigos de su salvacion, y conquistar con los auxilios de su gracia la corona inmortal que le está preparada. Dichoso con frecuencia si, al salir de las pilas bautismales, pasa de esta vida á otra mejor! Está exento de los penas y de las miserias unidas á la humanidad, y sobre todo de las tentaciones que no siempre venceria, y que podrian sumergirlo en el abismo de dónde há salido. En el instante que puede distinguir el bien del mal, el sacerdote ilumina su inteligencia por el conocimiento de las verdades religiosas, y dirige su voluntad por la practica de las virtudes cristianas. Le enseña lo que debe creer y lo que debe hacer para vivir en la vida de Dios, y merecer las recompensas que le estan prometidas. Frecuentemente, desde la edad de doce años, el niño cristiano sabe más sobre sus deberes y sobre los dogmas más sublimes, que los más famosos filosofos de la antigüedad que han pasado su vida en el estudio de la sabiduria, para averiguar la naturaleza de Dios y los principios de la moral, pero que, privados de las luces de la revelacion, no han encontrado más que tinieblas é incertidumbres. Es entonces cuándo el sacerdote lo admite en el banquete sagrado. Es entonces cuándo lo une á su Dios de la manera más sublime por la participacion de su cuerpo y de su sangre. Pero, cómo se hace que olvida algunas veces tan pronto este favor, y que lo hága con frecuencia el objeto de su menosprecio y de sus burlas, cómo lo vemos todos los dias? Cómo puede resolverse á alejarse de la fuente de la vida, y correr á la muerte? Porque, dice Jesucristo, si no comeis mi carne y si no bebeis mi sangre, no tendréis la vida. — Ah! cristianos, hé aqui lo que aflige más á un pastor. El vé con dolor todos sus trabajos hechos inútiles por el alejamiento obstinado de los sacramentos, y no se consuela más que pensando que no será menos recompensado por Dios, cualquiera que sea el existo de su ministerio. — Nacido el hombre para la sociedad, no tarda en pensar en un modo

semejante favor, y no hágan nada que lo exponga en su persona al menosprecio de los malos y pueda escandalizar á los debiles. Que

de establecerse; siente que no está hecho para vivir solo y alejado: *Non est bonum hominem esse solum*, dice Dios despues de haber criado á nuestro primer padre. Su inclinacion natural le lleva á buscar una compañera que pueda hacerlo dichoso, si há merecido por una juventud cristiana encontrar una esposa segun su corazon y segun el corazon de Dios. Porque, dice el Sabio, son los padres quiénes dán una casa y riquezas, pero es Dios quién dá una esposa prudente y propia para hacer la felicidad de su esposo. Pero, qué es lo que cimentará su union y la hará indisoluble, para fijar sus deséos, si llegaran á ser volubles é inconstantes? Qué es lo que pondrá el sello de la divinidad para hacerla sagrada á sus ojos é impedirles romperla ó alterarla? Es tambien el sacerdote quién, establecido por Dios mismo para recibir sus juramentos, unirá sus oraciones para bendecirlos y para ponerlos bajo la proteccion divina, sola capaz de mantenerlos en la paz y la concordia, y hacerles pasar dias dichosos, exentos de estos males crueles que atormentan á los esposos infieles ó malavenidos. — Cualquiera que sea la felicidad del hombre en la tierra, no es de larga duracion; cualquiera sea su infortunio, no es más que pasajero: un poco más pronto, un poco más tarde la muerte viene á poner fin á la una ó al otro, y preludia generalmente su ultimo golpe por una enfermedad más ó menos larga, por dolores más ó menos vivos que recuerdan á este ser tan debil, y algunas veces tan orgulloso, su destino futuro y la nada de dónde há salido. Representádos, hermanos míos, á un moribundo tendido sobre su lecho, abandonado á si mismo y á sus reflexiones, condenado á abandonar muy pronto lo que tenia de más querido en este mundo, agitado por los remordimientos de su conciencia, gimiendo por el pasado y temblando por el porvenir. Qué es lo que podrá consolarle y tranquilizarlo? Qué es lo que podrá calmar su turbacion y libertarlo del peso que lo abrumba? No son sus amigos; quizás ellos tendrán necesidad de este alivio y de estos consuelos; y, por otra parte, parecen haberle olvidado desde que no tienen nada que esperar de él. No es su esposa, no son sus hijos: una esposa desconsolada, hijos que lanzan grandes gemidos no pueden más que aumentar su turbacion y agriar los males que le desgarran. Ah! hermanos

los fiéles, por su parte, respeten con gran espíritu de fé este ministerio sagrado en la persona de aquellos á quiénes há sido confiado, y lo empleen segun sus necesidades y con las disposiciones convenientes. Así serán complidas las miras de Dios con la institucion de este ministerio, por el cuál há querido que fuésemos todos salvados para siempre. Así sea.

mios, este consolador tan necesario en nuestros ultimos momentos, la religion nos lo há procurado: es su ministro, es el sacerdote que vendrá á restablecer la calma en el alma de este desgraciado que, no contando ya con su vida, desespera tambien de su salvacion. Angel de paz á la vez y de terror, el sacerdote habla á este hombre de la justicia de Dios para llevarle al arrepentimiento, y de su misericordia para inspirarle confianza: él le abre al mismo tiempo, yá las puertas del abismo, yá las del cielo; expone á sus ojos, yá los suplicios del infierno, yá las delicias del paraíso para determinarle á depositar en su seno la confesion de sus iniquidades. Por ultimo, le reconcilia con Dios cuya vengaza habia que temer, y lo deja tranquilo y resignado, desasido de los bienes de este mundo, y esperando con alegria su ultima hora para ir á gozar de los bienes de la otra vida. — Táles son, cristianos, las ventajas del sacerdocio para los fiéles; táles son los bienes preciosos que les procura. El sacerdote instruye y dirige á los jovenes; recuerda á los hombres sus deberes y el cuidado de su salvacion; consuela á los ancianos y les presenta motivos tanto más poderosos cuánto que son sagrados, para hacerles sobrellevar con paciencia las enfermedades de una edad que los aproxima al sepulcro, y para disponerlos á bajar á él en paz y colmados de meritos. (*El apostol de las aldeas*, tomo 6, pag. 115-121.)